

## **Elí Barreto Talavera: La geometría mística del color y la forma**

En la vasta constelación del arte puertorriqueño contemporáneo, pocas estrellas brillan con la intensidad y persistencia de Elí Barreto Talavera. A lo largo de sus 65 años de trayectoria artística, Barreto ha trazado un camino singular, fusionando el rigor geométrico de la abstracción con la profundidad espiritual de la cosmología yoruba. Su obra, que abarca desde la escultura hasta la pintura, pasando por la serigrafía y la fotografía, es un testimonio vivo de la búsqueda incesante de un lenguaje visual capaz de trascender las barreras entre lo tangible y lo intangible, lo terrenal y lo divino.

Nacido en Puerto Rico en la década de 1940, Barreto emergió en la escena artística en un momento de profunda transformación cultural y social en la isla. Su formación inicial en la Galería Campeche, junto a Domingo García, coincidió con un período de efervescencia creativa en Puerto Rico, marcado por la tensión entre las corrientes internacionales del arte moderno y la búsqueda de una identidad cultural autóctona. Esta dualidad, lejos de ser un obstáculo, se convirtió en el crisol donde Barreto forjaría su visión artística única.

Desde sus primeras obras, Barreto demostró una inclinación hacia la abstracción geométrica, una tendencia que se consolidaría como el eje central de su estética. Sin embargo, lo que distingue a Barreto de sus contemporáneos es la manera en que ha infundido esta geometría con un sentido profundo de espiritualidad y misticismo. Como él mismo ha expresado: "Tableros es, entre otras cosas, la síntesis de mis dos vocaciones de vida. La primera es la de pintor, que cultivo hace cinco décadas, y la segunda es estudioso y practicante de distintas tradiciones espirituales y místicas desde hace 60 años."

Esta síntesis entre arte y espiritualidad no es meramente conceptual, sino que se manifiesta de manera tangible en la obra de Barreto. El círculo y el cuadrado, elementos fundamentales en su lenguaje visual, trascienden su naturaleza geométrica para convertirse en significantes de infinitud y totalidad. En palabras del artista: "El círculo así creado representa el mundo; en él converge toda la naturaleza, todos los tiempos, toda la sabiduría. Cada línea que sale del centro representa un camino que la persona puede tomar para recuperar su identidad plena en armonía con la Naturaleza."

La influencia de la religión yoruba, de la cual Barreto es practicante y sacerdote (Babalawo) desde hace más de cuatro décadas, es fundamental para comprender la profundidad de su obra. El oráculo de Ifá, sistema adivinatorio yoruba, se convierte en sus manos en una fuente inagotable de inspiración y significado. Los tableros y mandalas circulares que dominan su producción reciente no son meros ejercicios de composición, sino representaciones visuales de una cosmología compleja y rica en simbolismo.

El uso del color en la obra de Barreto es igualmente significativo y está cargado de significado. Como él mismo explica: "Cada una es, según su color dominante, una representación de las fuerzas de la naturaleza. (El azul representa el mar; el rojo, la vida y el calor; el amarillo, el río y los minerales; el verde, la flora completa, y así sucesivamente)." Esta paleta, lejos de ser arbitraria, establece un diálogo directo con las fuerzas naturales y espirituales que el artista busca invocar y representar.

La trayectoria de Barreto está marcada por una constante evolución técnica y conceptual. Desde sus primeras experimentaciones con plexiglás y metal en los años 60, pasando por sus exploraciones en la serigrafía y la fotografía, hasta llegar a sus pinturas más recientes, Barreto ha demostrado una capacidad extraordinaria para reinventarse sin

perder su esencia. Su obra "Límite de masa atómica 145", con la que ganó el primer premio de escultura del Ateneo Puertorriqueño en 1965, ya anunciaba la dirección que tomaría su arte: una fusión de rigor formal y profundidad conceptual.

La crítica de arte ha reconocido en Barreto a un artista de vanguardia, cuya obra trasciende las categorías fáciles y los movimientos pasajeros. Como señala el crítico Abil Peralta Agüero: "Elí Barreto Talavera se revela Maestro de la Quintaesencia en la construcción de la imagen visual". Su capacidad para mantener una coherencia estética a lo largo de décadas, sin caer en la repetición o el estancamiento, es notable. Cada nueva serie, cada nueva exploración, añade una capa de significado a un corpus ya de por sí rico y complejo.

La abstracción en la obra de Barreto no es un fin en sí mismo, sino un medio para explorar realidades más profundas. Como observa el Dr. Rubén Moreira: "Vibración, transparencias, material pulido o crudo, totemismo del más puro decantamiento se dan cita en la obra de Elí Barreto Talavera. El cuadrado es pensamiento, almacén de pasado, futuro que se mueve." Esta observación captura la esencia del arte de Barreto: un arte que, a pesar de su aparente simplicidad formal, está cargado de significados múltiples y resonancias profundas. Ciertamente en la obra temprana de Barreto las resonancias vanguardistas del post-conceptualismo evocaron, para el crítico de arte Ernesto Ruiz de la Mata, "el sentimiento de la extraordinaria serie de Josef Albers 'White Line Squares'." Juicio que compartió Domingo López de Victoria en su curaduría del trabajo de Barreto en la década del 70.

La técnica de Barreto, especialmente en sus obras en la primera década de nuestro siglo 21, merece una atención especial. Su uso de transparencias y superposiciones crea un

efecto de profundidad y movimiento que desafía la bidimensionalidad del lienzo. Como señala el crítico Rubén Moreira: "Camadas de niveles subyacen y sugieren tridimensionalidad, pero ajustada a la bidimensionalidad." Este juego entre planos y dimensiones no es meramente un ejercicio formal, sino una representación visual de la interconexión entre diferentes niveles de realidad, un concepto central en la cosmología yoruba que Barreto abraza.

El compromiso de Barreto con la espiritualidad y la naturaleza no es una pose superficial, sino una preocupación profunda y genuina que permea toda su obra. En un mundo cada vez más desconectado de sus raíces naturales y espirituales, el arte de Barreto se presenta como un recordatorio urgente de nuestra conexión fundamental con el cosmos. Como él mismo afirma: "Devolver al ser humano a la conexión primordial con esas energías que lo rodean y que ya viven dentro de él es el objetivo físico y espiritual para el estudioso y practicante místico."

En la selección de las obras totémicas que aquí se presentan, nos encontramos ante una dimensión particular del genio creativo de Elí Barreto que merece una consideración especial: su extraordinaria capacidad para infundir vida y dinamismo a la forma geométrica más estática por excelencia, el cuadrado. La obra "Caminata" constituye una pieza ejemplar. En esta pieza, el artista trasciende la rigidez inherente de la geometría euclidiana para crear una sinfonía visual de movimiento perpetuo, donde cada cuadrado se convierte en un paso de una danza cósmica infinita.

La genialidad de Barreto en estas obras radica precisamente en su habilidad para desafiar las expectativas formales del espectador. Donde tradicionalmente esperaríamos encontrar la estabilidad y la permanencia que el cuadrado simboliza—esa perfección

matemática que representa el orden terrestre en contraposición al círculo celestial— Barreto nos presenta una cascada de formas en perpetua transformación. Los cuadrados, lejos de mantener su carácter monolítico, se convierten en células vivas de un organismo mayor, pulsando con energía cromática y desplazándose en un ritmo que sugiere tanto la caminata humana como el fluir de las corrientes naturales.

El uso magistral del color transparente en estas composiciones revela otra faceta del talento de Barreto: su comprensión profunda de cómo las superposiciones cromáticas pueden generar no solo nuevas tonalidades, sino también la ilusión de temporalidad. Cada cuadrado, al interactuar con sus vecinos a través de estas transparencias, crea un diálogo visual que evoca el paso del tiempo, el movimiento de las estaciones, o la progresión misma de la vida. Los azules profundos, los verdes vibrantes, los amarillos solares y los rojos intensos no solo representan las fuerzas naturales que el artista tanto venera, sino que actúan como catalizadores de una cinética visual que transforma la contemplación en experiencia.

Esta serie de obras cuadrangulares representa quizás uno de los logros más notables de Barreto en términos de síntesis entre rigor formal e innovación perceptual. Como observador, uno no puede evitar percibir el eco de sus pasos resonando en cada transición cromática, cada desplazamiento formal. El título "Caminata" cobra así un significado múltiple: es simultáneamente la caminata del artista por los senderos de la experimentación estética, la caminata del espectador a través de la superficie del lienzo, y la caminata metafísica del alma humana en su búsqueda de armonía con las fuerzas universales.

La técnica empleada en estas obras demuestra la maestría técnica de Barreto desarrollada a lo largo de décadas. La precisión en el corte y la colocación de cada elemento transparente, la calculada progresión de las superposiciones, y la estudiada gradación de intensidades revelan una mente matemática puesta al servicio de una visión poética. No hay nada fortuito en estas composiciones; cada decisión cromática y formal responde a una lógica interna que, si bien puede escapar a la comprensión inmediata, se siente intuitivamente como correcta y necesaria.

En estas obras, Barreto logra lo que pocos artistas han conseguido: hacer que la geometría cante. Los cuadrados dejan de ser meras figuras para convertirse en notas musicales de una composición visual, donde el ritmo se establece a través de la repetición y la variación, donde la melodía emerge de las transiciones cromáticas, y donde la armonía se alcanza mediante el equilibrio dinámico entre estabilidad formal e inestabilidad perceptual. Es en este sentido que podemos hablar de una verdadera "geometría mística" en la obra de Barreto, donde la forma matemática se convierte en vehículo de experiencias que trascienden lo meramente visual.

Este aspecto de la producción de Barreto nos recuerda que su búsqueda espiritual no se limita a la representación simbólica de cosmologías específicas, sino que se extiende a la exploración de los mecanismos mismos de la percepción y la conciencia. En sus obras totémicas, como "Caminata", el artista nos invita a experimentar cómo nuestra mente organiza y reorganiza la información visual, cómo construye narrativas de movimiento a partir de elementos estáticos, y cómo encuentra patrones y significados en configuraciones aparentemente abstractas. Las obras "Baile" y "Escaleras" son particularmente ejemplares en estas narrativas de movimiento. Es, en última instancia,

una investigación sobre la naturaleza misma de la experiencia estética y su capacidad para conectarnos con dimensiones más profundas de nuestra humanidad.

La independencia de criterio de Barreto es otro aspecto fundamental de su trayectoria. En un panorama artístico a menudo dominado por modas pasajeras y presiones comerciales, Barreto ha mantenido una integridad artística admirable. Como señaló hace dos décadas Andrés Marrero: "A Elí nunca le han interesado las modas ni ha buscado en sus 45 años de incesante labor artística, el complacer a un público mercantil y liviano. Siempre se ha mantenido firme en su exploración de la forma y el color." Hoy día la apreciación de Marrero es tan cierta y pertinente como lo fue hace dos décadas.

Esta independencia no significa aislamiento. A lo largo de su carrera, Barreto ha mantenido un diálogo fructífero con otros artistas y corrientes, tanto locales como internacionales. Su obra encuentra resonancias con maestros de la abstracción geométrica latinoamericana como Joaquín Torres García, Gunther Gerzso y Carlos Mérida, así como con figuras del Op Art y el minimalismo. Sin embargo, Barreto ha logrado forjar un lenguaje propio que, si bien se nutre de estas influencias, no se subordina a ellas.

La relación de Barreto con la tradición artística puertorriqueña es compleja y enriquecedora. Como señala Awilda Sterling Duprey: "Elí es el producto de una generación de artistas que se forma entre dos corrientes estéticas predominantes en Puerto Rico en ese momento. Por un lado, la vertiente internacional... Por otro lado, lo criollo-nacional..." A mi juicio esta es una posición de mediación dialéctica que ha permitido a Barreto desarrollar un arte que es profundamente puertorriqueño en su esencia, pero universal en su alcance. Esta apreciación de Sterling la podemos ver

manifiesta en otro capítulo fundamental en la obra de Elí Barreto que revela una faceta igualmente profunda de su sensibilidad artística: sus paisajes.

En obras como "Paisaje Camino Hatillo", el artista demuestra cómo su búsqueda de lo esencial trasciende las fronteras entre abstracción y figuración, entre lo geométrico y lo orgánico. Aquí, Barreto no abandona su rigor compositivo ni su profunda comprensión del color, sino que los pone al servicio de una interpretación lírica del entorno puertorriqueño que lo ha formado como artista y como ser humano. En esta obra se manifiesta con particular claridad la declaración del propio artista sobre la necesidad de reconectar al ser humano con su paisaje natural. La composición se organiza en bandas horizontales que evocan simultáneamente la estratificación geológica de la tierra y la división cósmica entre los diferentes planos de existencia. Los rojos terrosos de la base nos hablan de la madre tierra, de la arcilla primordial de la cual emergen todas las formas de vida, mientras que los verdes vibrantes del centro celebran la exuberancia tropical de la flora puertorriqueña. El azul dominante en la sección superior no es meramente cielo, sino océano cósmico, infinitud celeste que abraza y contiene toda manifestación terrestre.

La técnica empleada en estos paisajes revela otra dimensión del virtuosismo de Barreto. Mediante la aplicación de capas densas de pintura y la creación de texturas que dialogan entre lo rugoso y lo pulido, el artista logra que cada zona cromática pulse con vida propia. La superficie del lienzo se convierte en un terreno táctil donde la mirada no solo contempla, sino que experimenta la sensación física del paisaje. Los empastes y las modulaciones tonales crean una geografía pictórica que invita al recorrido visual, una cartografía emocional del territorio insular.

Lo que distingue estos paisajes de Barreto de la tradición paisajística convencional es su capacidad para sintetizar lo particular y lo universal. Aunque el título nos ancla en una geografía específica—el camino hacia Hatillo, mi pueblo natal, así como de la infancia de Barreto Talavera—la obra trasciende lo meramente topográfico para convertirse en una meditación sobre la relación fundamental entre el ser humano y su entorno. No se trata de una representación mimética del paisaje, sino de una interpretación esencial que busca capturar las fuerzas invisibles que animan la naturaleza.

El uso del color en estos paisajes está cargado del mismo simbolismo que Barreto emplea en sus obras más abstractas. Como él mismo ha expresado, cada color representa fuerzas específicas de la naturaleza, y en estos paisajes vemos cómo estas fuerzas se organizan en una jerarquía cósmica que va desde lo más denso y material hasta lo más sutil y espiritual. La tierra roja en la base nos conecta con Changó, la deidad yoruba del fuego y la fuerza; los verdes intermedios invocan a Osain, señor de las plantas y la medicina natural; mientras que el azul superior nos transporta al reino de Yemayá, madre oceánica y matriz de toda vida.

Esta serie de paisajes representa quizás el momento en que la espiritualidad de Barreto se hace más accesible al espectador común. Mientras que sus abstracciones geométricas pueden requerir una iniciación en los códigos de la modernidad artística o en los simbolismos yoruba, estos paisajes hablan un lenguaje más directo al corazón humano. La experiencia de contemplar estas obras evoca memorias ancestrales del caminar por senderos de montaña, del contacto directo con la tierra, del asombro ante la magnificencia del paisaje puertorriqueño.

Sin embargo, esta accesibilidad no implica simplificación. Como en toda la obra de Barreto, existe aquí una complejidad subyacente que se revela gradualmente al observador atento. Las transiciones entre las diferentes zonas cromáticas están cuidadosamente moduladas para crear efectos de profundidad atmosférica que van más allá de la perspectiva convencional. Barreto logra así una espacialidad que es simultáneamente física y metafísica, donde la distancia se mide no solo en términos de metros o kilómetros, sino en grados de conciencia y niveles de comprensión espiritual.

Estos paisajes también revelan el profundo amor de Barreto por su tierra natal. En un momento histórico en que Puerto Rico enfrenta desafíos ecológicos y sociales considerables, estas obras funcionan como un recordatorio de la belleza y la riqueza del patrimonio natural de la isla. Son simultáneamente celebración y elegía, himno de alabanza y llamado a la conciencia ecológica. En cada pincelada se siente la urgencia del artista por preservar, al menos en el ámbito del arte, la memoria de una relación armónica entre el ser humano y su entorno.

La evolución de Barreto hacia estos paisajes sintéticos representa una maduración natural de su búsqueda artística. Luego de explorar las posibilidades de la abstracción pura, el artista regresa al paisaje no como una regresión hacia formas más conservadoras de arte, sino como una síntesis superior que integra todo lo aprendido en su largo peregrinaje estético. En estas obras, la geometría mística de sus abstracciones encuentra su fundamento en la geometría sagrada del paisaje natural, revelando que, en última instancia, toda su obra ha sido siempre un diálogo profundo con las fuerzas que animan el cosmos puertorriqueño y caribeño.

El compromiso social de Barreto, aunque no siempre explícito en su obra, es un aspecto importante de su práctica artística. Su visión de un arte capaz de reconectar al ser humano con su entorno natural y espiritual tiene implicaciones profundas en un mundo cada vez más alienado y fragmentado. Como él mismo ha expresado: "El ser humano, para desgracia de la especie, tiende a destruir la naturaleza, su propia naturaleza. Irónicamente, lo que lo distingue de las demás especies (sus facultades mentales) le hace olvidar que él también es paisaje."

La obra reciente de Barreto, centrada en los "tableros" y mandalas circulares, representa la culminación de décadas de exploración artística y espiritual. Estas obras, que a primera vista pueden parecer ejercicios de abstracción geométrica, son en realidad mapas cósmicos, representaciones visuales de la interconexión entre el ser humano, la naturaleza y lo divino. Como señala José Antonio Pérez Ruiz: "La obra de Elí Barreto Talavera posee la mística proveniente de las ideas neoplatónicas, cada concepción se aparta de la otra ya que son visiones caleidoscópicas, donde se captan variantes a veces aparentemente imperceptibles..."

El legado de Elí Barreto Talavera en el arte puertorriqueño y latinoamericano es indiscutible. Su capacidad para mantener una visión artística coherente y en constante evolución a lo largo de más de seis décadas es un testimonio de su dedicación y talento. Más allá de los reconocimientos y premios que ha recibido a lo largo de su carrera, el verdadero logro de Barreto radica en haber creado un cuerpo de obra que invita a la contemplación, la reflexión y la conexión con realidades más profundas.

En un mundo cada vez más saturado de imágenes efímeras y significados superficiales, el arte de Barreto se presenta como un oasis de profundidad y autenticidad. Sus

cuadrados y círculos, lejos de ser meras formas geométricas, son ventanas a una realidad más amplia y compleja. Como él mismo ha expresado: "El punto central de cada pintura es potencialmente usted, el espectador. Las líneas que se expanden desde el centro son el abanico de sus posibles caminos."

Al contemplar la obra de Elí Barreto Talavera, nos encontramos frente a un arte que trasciende las categorías fáciles y las etiquetas simplistas. Es un arte que exige del espectador una mirada atenta y una disposición a sumergirse en profundidades insospechadas. En cada cuadrado, en cada círculo, en cada juego de transparencias y colores, Barreto nos ofrece no solo una experiencia estética, sino una invitación a redescubrir nuestra conexión con el cosmos, con la naturaleza y con nosotros mismos.

En última instancia, la obra de Barreto es un recordatorio poderoso de que el arte, en su expresión más elevada, puede ser un puente entre lo visible y lo invisible, entre lo material y lo espiritual, entre lo particular y lo universal. En un mundo cada vez más necesitado de conexión y sentido, el legado de Elí Barreto Talavera brilla como un faro de autenticidad, profundidad y visión artística. Su obra no solo enriquece el panorama del arte puertorriqueño y latinoamericano, sino que ofrece un camino hacia una comprensión más profunda y holística de nuestra existencia en el universo.

Alex Betancourt, PhD.  
Co-curador de la exposición